

En el día de ayer desperté en el mayor de los silencios, un silencio absoluto, omnipresente, crudo. Todavía no salgo de mi asombro: el mundo había sido devastado.

Horas de desesperación le siguieron a ello, horas en las que aún estoy inmerso. La población en su totalidad ha desaparecido, suavemente, sin rastros ni cadáveres. Los automóviles están ahí, estacionados prolijamente contra las veredas; los comercios se hallan cerrados; las casas, evacuadas y las terrazas, desiertas. Pero lo que más temor me da son los espacios públicos: nadie en la infinitud de las calles; nadie transitando en las esquinas; soledad frente a los umbrales; sólo brisa arrimándose a los parques.

Recuerdo que caminé durante horas buscando algún indicio de vida y que corrí con toda mi alteración tratando de alcanzar el pasado. Golpeé en todas las puertas que crucé, exigí la presencia de cualquiera detrás de cada muro, elevé todos mis sentidos hacia los techos en procura de esperanza y grité y grité y grité hasta que se me acabaron las fuerzas. Entonces lloré, lloré como un niño, lloré como nunca antes lo había hecho.

No sé cuánto tiempo estuve así, sólo sé que en cierto momento intuí que debía volver a mi hogar, al punto de partida, al lugar en donde todo había comenzado, y cerrar todas las puertas y ventanas y tapar todos los resquicios por donde pudiera filtrarse la realidad, creyendo que así iba a escapar de esa verdad que me atormentaba. Pero no pude. Sólo logré que me estorbara y me diera vergüenza mi ridícula pequeñez.

Luego comencé a entrar y salir de mi departamento periódicamente, en lapsos muy cortos, para comprobar que era una situación palpable, tangible de toda materialidad posible. Al regresar caía en la pasividad y muchas veces oía una vocecita dentro mío que me decía: “Ahora sí, ya está, el mundo volvió a ser el mundo”, y entonces me abalanzaba sobre las ventanas, pero confirmaba que nada había cambiado.

Utilicé las líneas telefónicas para comunicarme con conocidos o extraños, pero estaban mudas. Atisé desde la azotea con binoculares en toda la extensión visible y realicé todo aquello que la pobre guía de la desesperación me permitió seguir, sin encontrar novedades.

Cuando llegó la noche me sorprendió tendido en el piso de mi cuarto. El único trajín del mundo en esos instantes deben haber sido mis párpados en movimiento. En mi interior mi corazón galopaba al ritmo de mil caballos enajenados y mi respiración se había transformado en una agitación constante. Por mi mente nada pasaba, sólo la turbación de aquél anti-milagro.

De pronto, en la vaciedad de mis reflexiones, me iluminó la idea de que la oscuridad podía serme favorable para encontrar supervivencia. Entonces subí a la terraza nuevamente y comencé a indagar en busca de alguna luz porque a pesar de estar cortado el suministro eléctrico había comprobado que tanto fósforos como encendedores podían utilizarse, y que las pilas y baterías también podían ser útiles. Todo fue estéril pero aun así preparé una fogata alimentada con combustible para que sus llamas altas atrajeran la atención de algún posible visitante. Luego de ello bajé las escaleras fatigado de la jornada más sorprendente de mi vida y, con poco que hacer más que esperar, me recosté sobre mi cama. Sin quererlo me imaginé en la misma rutina por el resto de mis días y no lo soporté. En mi mente se cruzaron las más espantosas previsiones del futuro junto con las preguntas más elementales. Quise cerrar los ojos para que al despertar me regocijara la certidumbre de que las pesadillas suelen adquirir visos de realidad sorprendente, pero no, no pude dormir. Sabía que los sueños eran altivos, ambiciosos y profundos, pero nunca crueles. ¡Cuántos pensamientos transfiguraron mi intimidad esa noche! ¡Cuánto tránsito mental sin resultados! Fueron momentos de deriva donde naufragaba en ese océano sin misericordia de la incógnita y la desesperanza.

Cuando amaneció me preparé para un nuevo viaje, igual a los anteriores, sin meta ni rumbo fijo. Al pasar por delante de mi escritorio detuve la vista un instante en mis herramientas de trabajo. Mientras ganaba la calle reflexioné acerca de la transitoriedad de las cosas terrenales pero esta punta de filosofía cesó al abrir la puerta. Me detuvo la noticia del viento atravesando las copas de los árboles y me sentí en tal grado cómplice de semejante maravilla de la simplicidad que me enorgullecí la evidencia de que no estaba completamente solo; que los pétalos seguían en sus flores, que los ríos continuaban en sus marchas hacia el mar, que las nubes eran las mismas viajeras solitarias y que las islas seguirían allí en sus sosiegos. Fue un alivio que me confortó y me hizo sopesar la tortura que estaba viviendo. Al andar me sentí acompañado por los hijos de la naturaleza, por todas esas voces, ojos y oídos que yo sabía más presentes que nunca antes. No, ya no era el día de ayer, el parto en la oscuridad, la zozobra en la vigilia, la terrible certidumbre de que alguien o algo se había olvidado de mí. No, ya no estaba solo; a mi manera sabía que quizás nunca antes había estado con tanta compañía.

Caminé despacio. Era todo ventanas abiertas a los sentidos. Fue así que pude quitarme el primer terror de los ojos, pensar con mayor libertad y atisbar una luz de esperanza. A pesar de ello la situación no había cambiado, así que a poco de andar decidí detenerme para establecer un plan de acción y no esa parodia de búsqueda indiscriminada a la que me estaba sometiendo. Decidí entonces conseguir una bicicleta para ampliar mi radio de injerencia y evitar fatigarme –con acierto intuí que los automóviles no tendrían gasolina y que además sería imposible conseguirla-, y cuando las primeras sombras comenzaran a estrecharse debería regresar a mi hogar sin más trámite que la velocidad de mis piernas.

Así lo hice. Conduje toda la mañana confirmando a cada momento el anterior y reduciendo mis expectativas de gozos a un cúmulo de decepciones. En alguno de esos instantes me di cuenta que no había probado bocado en casi dos días así que detuve

el andar, miré a mi alrededor y me sedujo esa posibilidad de exploración. Estaba todo a mi alcance: los depósitos más deliciosos, los restaurantes más finos, las tiendas mejor abastecidas... Me inundó una sensación de dicha avasalladora pero pronto comprendí que, a menos de establecer un programa de conservación razonable, los alimentos se echarían a perder irremediablemente en cuestión de días, incluso, de horas. Me paralizó el temor de perecer de inanición, pero quizás más que ello, el temor de no estar a la altura de las circunstancias. Era, por lo tanto, mi primera prueba. Cavilé en la cuestión largo rato y decidí por lo pronto no consumir alimentos perecederos, aunque me parecieran buenos, sino sólo conservas, lo cual me nutriría por un tiempo razonable, momento para el cual ya habría encontrado una solución definitiva.

Algo satisfecho con esa conclusión busqué un mercado. No sin esfuerzo derribé la puerta –esto último me produjo un desconocido placer- y sin más ingresé impunemente. Atravesé los pasillos con cuidado mientras observaba los productos sobre las estanterías. Los tocaba, los olía, los deseaba. Instintiva, inconscientemente estaba preparado para que alguien surgiera en algún cruce de aquél moderno laberinto, ya fuera en toda su humanidad vivaz, ya derribado por aquél rayo del destino que lo había sorprendido en plena labor. Nada de eso sucedió y entonces, algo más tranquilo, me dispuse a alimentarme. Mientras satisfacía mi apetito me fascinó la idea de saber que todas las puertas eran mías y que sería mi voluntad la que decidiera guardar la intimidad de tal o cual. Pero mucho más que la mera curiosidad me dejé llevar por las posibilidades que ello significaba en relación con lo que haría de mi tiempo.

Era verdad, todo era mío. Con esperanza seguía aguardando la posibilidad de encontrar algún otro sobreviviente, pero mientras ello no sucediera todo me pertenecía. ¿Y si mis expectativas se veían cumplidas y una o más de una persona aparecía con vida, qué diferencia podía haber? El mundo seguiría siendo inmenso para cualquier grupo, por más numeroso que fuera.

Cumpliendo con mi previsión y luego de un nuevo viaje, hacia el anochecer retorné a mi hogar, único sitio donde aún me sentía invulnerable. Tal como estaba la situación podía haber prescindido de las llaves para siempre y dejar los cerrojos en el olvido para desenvolverme con las puertas abiertas en absoluta seguridad, pero no lo hice. Un ensayo de recelo me acompañaba y continuaba asegurando mi instinto.

Encendí unas velas para procurarme compañía y de pronto sentí la obligación de redactar este informe, más que por la necesidad de registrar el pasado, como una prueba irrefutable de mi triste condición. Quién sabe, alguna vez sus páginas me producirían placer o risa, interés o asombro.

Cuando me acosté, los músculos se libraron por fin de una secreta fatiga y todos y cada uno de mis miembros renunciaban a sacrificarse por el menor movimiento. Con los ojos fijos en la luna que se recortaba en el horizonte cercano de los edificios vecinos asumí mi condición de sobreviviente y pensé que de repente se habían esfumado todos los sueños del mundo, todos los dolores, todas las nostalgias, todos

y cada uno de los amores. “Ellos” ya no respiraban y yo sí respiraba. “Ellos” ya no latían y yo sí latía. Para “ellos” ya no habría más auroras y para mí las seguiría habiendo, porque “ellos” estaban definitivamente ausentes y yo estaba vivo. ¡Estaba vivo!